

Edipo Rey

Sófocles

pehuén

ARGUMENTO

Esta tragedia, considerada como la obra maestra del teatro antiguo, es una leyenda de origen tebano enlazada con la leyenda de LAYO*; ambas leyendas han pasado por muchas variantes hasta llegar a la que en la obra acoge Sófocles. La idea que encarna es que nadie escapa a su destino. Da comienzo la obra presentándonos al pueblo tebano, que, víctima de la peste, se congrega en el Agora para solicitar de su rey,* EDIPO*, a quien tienen en gran veneración, que encuentre un remedio a sus males.*

La contestación que trae CREONTE*, cuñado de* EDIPO*, del oráculo de Delfos, da a conocer al rey y al pueblo que el azote que sufren es un castigo impuesto por los dioses, porque un crimen de sangre, concretamente la muerte de su anterior rey,* LAYO*, ha quedado impune. Se hace, pues, necesario encontrar al culpable y que expíe su crimen.*

EDIPO*, hombre honrado, ordena que se abra una investigación; ésta revela que ha habido un testigo de la muerte de* LAYO*; pero él ha dado una pista falsa: los autores fueron varios, ha dicho, lo cual justifica en parte su propia cobardía. De todos modos se ordena que comparezca.*

Entre tanto se han producido otras circunstancias: llega un mensajero de Corinto para anunciar a EDIPO *la muerte de* PÓLIBO*, rey de la*

© Pehuén Editores, 2001.

ciudad y supuesto padre de EDIPO*; pero entre otras revelaciones que hace en el curso de su conversación, manifiesta que* EDIPO *no fue hijo de* PÓLIBO*, sino que el propio mensajero le entregó un niño que, a su vez, él había recibido de otro pastor, que al parecer estaba al servicio de* LAYO. *El* CORO *sugiere que quizás el pastor que se busca sea el mismo que entregó el niño.*
Del diálogo de ambos se aclara que aquel niño es el propio EDIPO*, que es, por tanto, también el matador de* LAYO*, con cuya viuda se ha casado, claro que sin saberlo, y ésta es, a la vez, su madre y madre de los hijos de* EDIPO. YOCASTA*, al saberlo, se suicida.* EDIPO*, ante el cadáver de su madre-esposa, se salta los ojos con los broches que cerraban el peplo de* YOCASTA*, y* EDIPO *explica que ha querido huir de la vista intolerable para él de los hijos nacidos de aquel matrimonio, y que hubiera querido asimismo quedarse sordo, para librarse del contacto del mundo exterior.*

PERSONAJES

EDIPO, rey de Tebas.
UN SACERDOTE DE ZEUS.
CREONTE, Cuñado de Edipo.
CORO DE ANCIANOS TEBANOS.
CORIFEO.
TIRESIAS, adivino.
YOCASTA, reina de Tebas.
UN MENSAJERO.
UN PASTOR, criado de Layo.
OTRO MENSAJERO.

© Pehuén Editores, 2001.

ACCION

La acción transcurre en Tebas, ante el palacio de EDIPO. *En el centro, un altar con varios escalones. Un grupo numeroso de tebanos, de toda edad y condición social, arrodillados, que han depositado ramas laurel y olivo adornadas con cintas blancas, se hallan en círculo, y en el centro de éste, el gran sacerdote de Zeus.*

EDIPO *sale del palacio; se detiene un momento en el umbral, contempla a la multitud y empieza a hablar.*

-¡Hijos míos, nuevos vástagos del antiguo Cadmo!, ¿qué tenéis que impetrar de mí, cuando venís a esta audiencia con ramos de suplicantes? Nuestra ciudad está saturada del humo del incienso, así como de ayes y lamentos. Por eso, hijos míos, he creído preferible informarme por mí mismo, y no por mensajeros, y con este fin he querido presentarme aquí yo mismo, Edipo, cuyo nombre es celebrado por todos los labios. «Vamos, habla tú, anciano, puesto que por tu edad eres el más indicado para explicarte por ellos. ¿Por qué esa actitud? ¿Con qué fin os habéis congregado aquí? ¿Qué teméis o qué deseáis? Heme aquí dispuesto a ayudaros en todo, ya que tendría que ser insensible al dolor si no me conmoviesen tal concurrencia y vuestra actitud suplicante.

SACERDOTE:
Pues bien, ¡oh Edipo!, rey de nuestra patria, ya ves que somos suplicantes de todas las edades, agrupados en torno de las aras de tu palacio. Unos no tienen aún fuerza para volar lejos del nido; otros, sacerdotes como yo lo soy de Zeus, abrumados por los años; éstos se cuentan entre lo más florido de nuestra juventud, mientras el resto del pueblo, coronado con las ramas de los suplicantes, se apiña en el Ágora, en torno de los dos templos consagrados a Palas y junto a las cenizas proféticas del divino Ismeno.
«Tebas, como tú mismo lo estás viendo, se halla profundamente consternada por la desgracia; no puede levantar la cabeza del abismo mortífero en que está sumida. Los brotes fructíferos de la tierra se secan en los campos; perecen los rebaños que pacen en los pastizales; despuéblase con la esterilidad de sus mujeres. Un dios que trae el fuego abrasador de las fiebres, la execrable Peste, se ha adueñado de la ciudad, y va dejando exhausta de hombres la mansión de Cadmo, mientras las sombras del Hades desbordan de llantos y de gemidos. Ciertamente ni estos jóvenes ni yo, apiñados en torno de tus lares, pretendemos igualarte con los dioses; pero te reconocemos como el primero de los mortales para socorrernos en la desgracia que se cierne sobre nuestras vidas y para obtener el auxilio de los dioses. Pues fuiste tú, cuando viniste a esta ciudad de Cadmo, quien nos libraste del tributo que pagábamos a la implacable Esfinge, y esto lo hiciste sin haber sido informado por nosotros ni haber recibido ninguna instrucción. Tebas piensa y proclama que sólo con la ayuda de alguna divinidad conseguiste enderezar el rumbo de nuestra vida. Hoy, pues, poderoso Edipo, a ti vuelven sus ojos todos estos suplicantes que te ruegan halles remedio a sus males, bien porque hayas oído la voz de algún dios, bien porque te hayas aconsejado de algún mortal, pues sé que los consejos de los hombres de experiencia ejercen una feliz influencia en los acontecimientos. «¡Ea, oh tú, el mejor de los mortales, salva a esta ciudad! ¡Vamos!, recuerda que si esta tierra hoy te proclama su salvador, es en

© Pehuén Editores, 2001.

atención a tu celo pasado. Que tu reino no nos deje jamás el recuerdo de haber sido puestos a flote, para después volver a caer en el abismo. Levanta, pues, esta ciudad con firme solidez. Tiempo atrás, felices auspicios te hicieron hallar para nosotros una suerte favorable; sé hoy semejante a lo que fuiste entonces. Si, en efecto, has de continuar rigiendo esta tierra, será más confortador reinar sobre hombres que regir un país sin habitantes. De nada sirven navíos y fortalezas tan pronto como los hombres han desertado de ellos.

EDIPO:
Hijos dignos de mi piedad; habéis venido movidos por deseos cuyo objeto me es conocido y aun pudiera decir demasiado conocido. Sé, en efecto, que todos sufrís; y aunque todos reunidos padecéis, ninguno tanto como yo. Cada uno de vosotros sufre su propio dolor, y no el ajeno; en cambio, mi alma gime a un tiempo por Tebas, por mí mismo y por vosotros. Así, pues, no me despertáis de un sueño reparador, sino sabed que he llorado mucho y que en mis cavilaciones he recorrido muchos y muy diversos caminos. En fin, después de haber reflexionado con madurez, he empleado el único remedio que acababa de encontrar. He enviado al hijo de Meneceo, Creonte, mi cuñado, a la morada de Apolo Pitio, con el fin de que se informe sobre lo que debo hacer o decidir para salvar la ciudad. Desde entonces (contando cada día el tiempo transcurrido desde su marcha) me pregunto con ansiedad lo que está ya haciendo, pues su ausencia se prolonga más allá del tiempo requerido y verosímil. Pero en cuanto regrese, sea tenido yo por cobarde si no ejecuto cuanto exija el dios.

SACERDOTE:
En verdad, Edipo, no podías hablar con más acierto, pues me están anunciando la llegada de Creonte.

EDIPO:
¡Oh rey Apolo! ¡Ojalá traiga la saludable dicha que nos presagia su radiante semblante!

SACERDOTE:
Viéndolo, parece que, en efecto, trae buenas noticias, pues de otro modo no vendría con la cabeza coronada de verde laurel.
EDIPO:
Vamos a saberlo, pues está ya justamente al alcance de mi voz. Príncipe aliado mío, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta del dios vienes a traernos?

(Llega CREONTE.)

CREONTE:
Un oráculo beneficioso; pues os anuncio que nuestros males, si, por una feliz contingencia, a ellos encontramos remedio, se convertirían en bien.

EDIPO:
¿Cuál es la respuesta del oráculo, pues por lo que acabas de decir no estoy ni más tranquilo ni menos asustado?

CREONTE:
Si quieres oírme en presencia de todos, estoy dispuesto a hablar; si no, puedo también entrar a tu palacio.

EDIPO:
Habla ante todos, pues sus sufrimientos me anonadan más que si se tratara de mi propia vida.

© Pehuén Editores, 2001.

CREONTE:
Voy, pues, a repetir lo que oí de boca del dios. El rey Apolo nos ordena expresamente lavar una mancha que ha sufrido este país y no dejarla crecer hasta que no tenga remedio.

EDIPO:
¿Por medio de qué purificaciones? ¿Cómo nos libraremos de esta calamidad?

CREONTE:
Desterrando a un culpable, o expiando un homicidio con otro homicidio, pues una sangre derramada es la causa de las desventuras de Tebas.

EDIPO:
Pero ¿a qué hombre se refiere ese homicidio?

CREONTE:
Príncipe, antes que vinieras a gobernar esta ciudad, teníamos un rey, jefe de esta tierra, que se llamaba Layo.

EDIPO:
Así me lo han dicho, aunque yo no lo vi nunca.

CREONTE:
Pues habiendo sido asesinado ese rey, el dios nos ordena castigar a sus matadores, sean quienes fueren.

EDIPO:
Pero ¿dónde están? Dónde podemos encontrar la pista tan difícil de un crimen tan antiguo?

CREONTE:
El dios asegura que los matadores están en el país. Lo que se busca, se encuentra; lo que se descuida, se pierde.

EDIPO *(Reflexionando un instante.)*:
¿Fue en su palacio, en nuestros campos o en tierra extranjera donde tuvo efecto el crimen que costó la vida a Layo?

CREONTE:
Salió del país, según se dijo, para ir a consultar al oráculo y no volvió al seno de su hogar desde que de él partió.
EDIPO:
¿Y no envió ningún mensajero ni ningún compañero de viaje, nada que nos pudiera ser útil para nuestra información?

CREONTE:
Todos murieron, excepto uno solo, a quien el miedo hizo huir, que de todo lo que vio pudo decir más que una sola cosa segura.

EDIPO:
¿Cuál? Un solo dato podría ser una gran ayuda para descubrir muchos otros si nos proporcionara un rayo de esperanza.

CREONTE:
Lo que declaró el testigo fue que, sorprendido Layo por unos bandidos, fue asesinado, no por la fuerza de un único brazo, sino con la de gran número de manos.

(Pausa.)

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
¿Cómo, pues, un bandido pudiera haber urdido su crimen y llegado a tal colmo de audacia si el dinero no le hubiese incitado desde aquí mismo?

CREONTE:
Esta sospecha tuvimos; pero nuestros males eran tales, que la muerte de Layo no tuvo vengador.

EDIPO:
¿Y cuál fue el mal más urgente que después de la muerte del rey os ha impedido enteraros de lo que pasó?
CREONTE:
La Esfinge, con sus capciosos enigmas, nos hizo descuidar los hechos inciertos, para no pensar más que en los males presentes.

EDIPO:
Pues bien, yo no los pondré en claro remontándome a sus orígenes. ¡Alabado sea Febo, y tú también, Creonte, por haber puesto de nuevo vuestra atención en ese muerto! Y me veréis secundaros en vuestros esfuerzos para vengar, como es mi deber, a la vez a esta ciudad y al dios. Pues al tratar de disipar las tinieblas que envuelven ese crimen, no lo hago por un amigo lejano, sino que persigo mi propio bien. Que quienquiera que fuese el matador de Layo, quizás un día podría poner su mano sobre mí mismo. Así, pues, todo lo que haga en bien de Layo, lo hago en favor de mi propia causa. Vamos, hijos míos, levantaos sin tardanza de esas gradas y haced desaparecer esas ramas de suplicantes, y que uno de vosotros convoque al pueblo tebano, ya que para salvarlo estoy dispuesto a todo. Con la ayuda del dios, o saldremos airosos a la vista de todos, o todo el pueblo comprobará nuestro fracaso.

SACERDOTE:
Levantémonos, hijos, ya que el rey promete hacer lo que hemos venido a suplicarle. ¡Ojalá que Apolo, el dios que nos ha enviado este oráculo, venga a salvarnos por fin y ponga término a esta peste!

(EDIPO, CREONTE, EL SACERDOTE *y el pueblo se retiran. El* CORO, *compuesto de notables tebanos, entra en escena.)*

CORO:
¡Oh, qué grata palabra de Zeus traes del riquísimo Delfos a la ilustre Tebas! La mente contraída por la angustia, paralizada por el miedo, heme aquí delante de ti, dios Delos y divino curandero, temiendo la suerte que me reservas sea para hoy, sea para los años venideros. ¡Respóndeme, hijo de la dorada Esperanza, oráculo inmortal!
«Es a ti, hija de Zeus, inmortal Atenea, a quien quiero invocar la primera; después, a tu hermana Artemisa, protectora de esta tierra, quien sobre un trono de gloria se sienta en medio del Ágora circular, y, por fin, a ti, Apolo, que mandas a lo lejos tus dardos. Apareceos los tres a mis ojos para conjurar esa suerte infortunada.
«¡Si ya en otro tiempo, cuando la anterior desgracia se cernía sobre la ciudad, extinguisteis la llama de ese primer azote, venid también hoy a socorrednos!
«¡Ay de mí, que soporto aflicciones sin cuento; el pueblo entero sufre conmigo de un mal pestilente! «La mente no puede inventar ningún arma que pueda preservarnos; los frutos que nacen en nuestra fecunda y afamada tierra no llegan a su madurez; ni los acerbos sufrimientos de nuestras mujeres en

© Pehuén Editores, 2001.

sus partos son provechosos. Uno tras otro, como bandada de pájaros de rápidas alas, y más velozmente que la llama invencible, van mis hijos a precipitarse en la ribera crepuscular del dios infernal. Y así va despoblándose una ciudad numerosa, y sin piedad los cadáveres quedan tendidos en tierra sin ser llorados, sembrando y propagando el contagio. Las esposas, las madres de blancos cabellos, gimen, imploran al pie de las gradas de los altares, que por todas partes rodean, pidiendo llorosas el fin de sus amargas pruebas. Por doquier se oyen himnos plañideros mezclados con ayes de dolor. Por tanto, hija dorada de Zeus, vuelve a nosotros tu sonriente faz y envíanos saludable remedio. Concédenos que ese brutal Ares, ese dios que hoy viene a atacarnos sin el bronce de los escudos y nos abrasa, vuelva la espalda y huya de nuestro hogar, y que en carrera desenfrenada retroceda, ya hacia los profundos senos de la vasta Anfitrite, ya hacia las olas revueltas e inhospitalarias del mar de Tracia; pues lo que la noche perdona, el día siguiente viene a destruirlo. A ese Ares, Zeus, nuestro padre, ¡oh tú, dueño del poder llameante de los relámpagos!, aplástalo bajo el retumbar de tu trueno.
«Y de ti, señor de Licia, yo quisiera que tus invencibles flechas fuesen lanzadas por tu arco de oro en defensa nuestra, así como las ardientes antorchas de Artemisa, con las que recorre los montes de Licia, viniesen en nuestra ayuda. Yo te invoco también a ti, dios de la cítara de oro, a ti que llevas el nombre de este país, Baco, de rubicunda faz; ven acompañado de tus Bacantes en nuestro auxilio, con encendida tea, contra ese dios a quien nadie adora.

(Durante las últimas frases llega EDIPO.)

EDIPO *(Dirigiéndose al* CORIFEO.):
Ruegas, y el socorro y la protección que solicitas para aliviar tus males podrás obtenerlo, si quieres escuchar mis palabras y proceder como es debido para poner remedio a esta pestilencia. He aquí, pues, lo que tengo que decir. Estando como estoy ignorante de los hehos de aquella muerte, y del modo cómo fue perpetrada, mal podría yo solo, en efecto, seguir una pista tan remota si no consigo tener algún indicio. Ahora bien, ya que yo soy un ciudadano más entre los ciudadanos, sólo a partir de aquel atentado, escuchad, cadmeos, lo que os ordeno: a cualquiera de vosotros que sepa por quién fue muerto Layo, hijo de Lábdaco, le mando que me declare toda la verdad. Incluso, si es culpable, que el temor no le impida acusarse a sí mismo; no sufrirá otra pena que ser expulsado de esta tierra, de la cual saldrá sano y salvo. Si alguno de vosotros, por otra parte, sabe que el asesino no es de este país, sino que procede de un país extranjero, que no se lo calle, pues a mi gratitud se añadirá la recompensa que le daré. Pero si calla, y si algún tebano, temiendo denunciar a un amigo, o a sí mismo, rehúsa darme las explicaciones que pido, que oiga desde ahora con qué actos pienso responder a su negativa:

«Prohibo a todos los habitantes de esta tierra sobre la que se extienden mi poder y mi trono, que reciba a ese hombre, sea quien fuere; que le dirija la palabra, que le admita en las plegarias comunes y en los sacrificios, y que comparta con él el agua lustral. Que, por el contrario, le, ahuyente de su casa como a un ser impuro, causante de la peste, según acaba de revelármelo el oráculo pítico. De este modo, creo poder ser auxiliar de la divinidad y vengador del rey que ya no existe; y así, que el criminal desconocido, bien que haya obrado solo, bien que haya tenido cómplices, se vea condenado a arrastrar una vida desgraciada de maldición y de miseria. Y deseo que esta maldición que acabo de lanzar contra los criminales, caiga sobre

© Pehuén Editores, 2001.

mi casa si en ella yo, de buena fe y sin saberlo, lo hubiera introducido en mi hogar. Os ordeno, por tanto, que ejecutéis todas mis órdenes por respeto hacia mí, por reverencia al dios y también por miramiento a esta tierra condenada a perecer ante nuestros ojos, agotada por la esterilidad y arruinada por el abandono de los dioses. Y aun cuando esta purificación no se os hubiera exigido por numen celeste, no podríais seguir permitiendo que este país continuase manchado por la muerte de un hombre que era una persona eminentemente honrada y vuestro rey; por eso era preciso haber buscado a los culpables. «Hoy, pues, ya que tengo los poderes que Layo poseía antes que yo, ya que ocupo su lecho y su mujer es mi esposa, y nuestros hijos hubieran crecido juntos si no se hubiera frustrado su descendencia por el infortunio que vino a pesar sobre su cabeza; atendiendo a todas esas razones, como si él hubiese sido mi padre me constituiré en vengador suyo y lo intentaré todo para hallar al asesino que mató con su mano al hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro, bisnieto de Cadmo y tataranieto del antiguo Agenor, padre de todos. A los que no cumplieran cuanto acabo de mandar, yo les deseo, y porque así sea hago votos a los dioses, que la Tierra entera no produzca para ellos ninguna cosecha ni sus mujeres les den hijos; y que caigan bajo el destino que hoy nos azota, e incluso que encuentren una muerte más execrable. Para vosotros, en cambio, cadmeos, que estáis de acuerdo con mis palabras, que la Justicia se convierta en vuestra aliada y que todos los dioses os sean para siempre constantemente propicios.

CORIFEO:
Puesto que tus imprecaciones me obligan, he aquí, príncipe, cuáles serán mis palabras: ni yo he matado, ni sé nada que me permita indicarte quién fue el asesino. Era a Febo, el dios que nos ha impuesto esa pesquisa, a quien correspondía indicarnos por quién fue entonces cometido el crimen.

EDIPO:
Lo que dices es justo. Pero no cae bajo el poder de ningún hombre obligar a los dioses a proceder en aquello que no quieren.

CORIFEO:
A lo que acabo de decir, quisiera añadir una segunda opinión.

EDIPO:
Y si aún tienes una tercera, no dejes de exponerla.

CORIFEO:
Conozco a una persona, el adivino Tiresias, que es tan perspicaz como el dios Apolo. Interrogándole se podría, ¡oh rey!, saber todo lo que pasó.

EDIPO:
No he descuidado este recurso; he enviado, por consejo de Creonte, a dos mensajeros a buscarlo y hasta me extraña que no estén ya de regreso.

CORIFEO:
Sin ninguna duda todo lo demás que se cuenta por ahí no son más que vanos rumores y habladurías inconsistentes.
EDIPO:
¿Qué se cuenta, pues? Quiero conocer todo cuanto se dice.

CORIFEO:
Cuentan que Layo murió a manos de unos caminantes.

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
Yo también lo he oído decir; pero nadie ha visto a un testigo ocular.

CORIFEO:
El culpable, por poco accesible que sea al temor, no soportará después de haberte oído proferir tales imprecaciones guardar silencio.

EDIPO:
Quien no teme obrar, no tiene miedo a las amenazas.

CORIFEO:
Ya tenemos al que sabrá desenmascarar al culpable. Aquí, en efecto, tus mensajeros traen al antiguo adivino, el único entre los hombres en quien reside la verdad.

(Entra el anciano TIRESIAS, *ciego venerable, guiado por un niño.)*

EDIPO:
¡Oh Tiresias, cuya mente conoce todo lo que se ha de divulgar y lo que se ha de callar, los signos del Cielo y los que ofrece la Tierra! Aunque seas ciego, ves sin embargo el azote que padece esta ciudad; sólo tú, maestro, puedes socorrerla y salvarla. Apolo, en efecto, si no te han informado mal nuestros mensajeros, contestó a nuestros enviado que el único medio de liberarnos de la plaga que nos azota es descubrir al asesino de Layo y castigarle con la muerte o con el destierro de este país. Tú, pues, Tiresias, sin ahorrarte los presagios que puedas obtener de tu ciencia augural, o poniendo a contribución cualquier otro medio adivinatorio, salva a la ciudad y sálvate a ti mismo; sálvame también a mí y líbranos de la mancha de ese homicidio. Nuestra esperanza está puesta en ti; y ser útil a los demás, en la medida de sus fuerzas, y según sus medios, es para un hombre la más hermosa de sus empresas.

TIRESIAS:
¡Ay! ¡Ay! ¡Cuán atroz es saber, cuando no trae provecho ni siquiera al que sabe! Convencido estaba de ello, pero lo había olvidado: no debería haber venido.

EDIPO:
¿Qué hay? Apenas has llegado y ya te veo desalentado.

TIRESIAS:
¡Déjame volver a mi hogar! Será lo mejor si quieres creerme, para ti y para mí.

EDIPO:
Tus palabras no son justas, ni veo en ellas sentimientos de benevolencia para esta ciudad que te ha criado, puesto que rehúsas darle la respuesta que te pide.

TIRESIAS:
Es que veo que tu petición no es oportuna para ti mismo. De modo que para no incurrir yo mismo en la misma falta...

(TIRESIAS *hace ademán de irse.)*

EDIPO:
¡Por los dioses! Puesto que estás enterado, no te vuelvas a marchar; aquí nos tienes a todos suplicantes, prosternados ante

© Pehuén Editores, 2001.

ti.
TERESIAS:
Es que todos sois unos insensatos. En cuanto a mí, no quisiera hacer públicas nunca mis desgracias, o más bien las tuyas.

EDIPO:
¿Qué es lo que dices? ¿Sabes y quieres callar? ¿Piensas traicionarnos y dejar perecer la ciudad?

TERESIAS:
No quiero afligir a nadie, ni a ti ni a mí. ¿Por qué, pues, interrogarme en vano? No oirás nada de mis labios.

EDIPO:
¿Cómo? Perverso entre todos los perversos (que hasta sublevarías a un alma de piedra), ¿no hablarás? ¿Permanecerás inflexible y hermético?

TERESIAS:
¡Me echas en cara mi obstinación, y no te das cuenta de que es mayor la tuya, y me censuras y te enojas!

EDIPO:
¿Y quien no se sentiría irritado oyendo tus palabras, que no son más que desprecio hacia esta ciudad?

TERESIAS:
Los hechos llegarán por sí mismos, aunque yo los oculte con mi silencio.

EDIPO:
Entonces, tu obligación es descubrirme lo que debe acontecer.

TERESIAS:
No diré más. Ahora, si quieres, entrégate, si es tu gusto, a la más salvaje cólera.

EDIPO:
Pues bien, en mi cólera no callaré nada de lo que pienso. Has de saber que, a mi juicio, fuiste tú el instigador del crimen y el autor de su ejecución, aunque tus propias manos no lo perpetraran .Y añadiría además que si tus ojos viesen, hubieras sido tú solo el que habría cometido el crimen.

TIRESIAS:
¿De verdad? Te advierto entonces que ateniéndote al edicto que has publicado, a partir de este día no dirigirás la palabra ni a éstos ni a mí, pues eres tú el culpable que mancillas esta tierra.

EDIPO:
Muy imprudente tienes que ser para soltar esas palabras. ¿Y crees que así podrás escapar a sus consecuencias?

TIRESIAS:
Escaparé de ellas, pues en mí llevo la verdad todopoderosa.

EDIPO:
¿Quién te la ha dicho, puesto que esa verdad no depende de tu arte?

TIRESIAS: -¿Quién? Tú mismo, ya que me has obligado a hablar contra mi voluntad.

EDIPO:
¿Qué has dicho? Repítelo, para que me entere mejor.

© Pehuén Editores, 2001.

TIRESIAS:
¿No lo has entendido todavía, o quieres hacerme hablar?

EDIPO:
No lo he entendido lo suficientemente bien para decir que estoy enterado. Vamos, dilo por segunda vez.

TIRESIAS:
Digo que tú eres el asesino que andas buscando.

EDIPO:
Dos veces no me ultrajarás impunemente.

TIRESIAS:
¿Debo hablar más para aumentar tu furor?

EDIPO:
Todo lo que quieras: todo lo que digas serán vanas palabras.

TIRESIAS:
Afirmo, pues, que vives, sin saberlo, en el más vergonzoso comercio con el mismo ser que te es más querido y que ignoras la abyección en que vives.

EDIPO:
¿Crees que podrás felicitarte de continuar hablando así?

TIRESIAS:
Sí, si la verdad tiene algún poder.

EDIPO:
Ella lo tiene, salvo para ti; en tus labios es débil, ya que tus oídos, tu espíritu y tus ojos están ciegos.
TIRESIAS:
Me echas en cara, desgraciado, defectos que pronto todos podrán lanzarte al rostro.

EDIPO:
Como vives en el seno de la noche tenebrosa, no eres peligroso ni para mí mismo ni para cualquier otro cuyos golpes vean la luz.

TIRESIAS:
Tu destino no es caer bajo mis golpes; Apolo se bastará, pues es él quien está encargado de ello.

EDIPO:
¿Todos estos descubrimientos han sido tramados por ti o por Creonte?

TERESIAS:
Creonte no es causa de ningún mal para ti; tu mal proviene únicamente de ti.

EDIPO:
Riquezas, realeza, talento, ¡qué envidia reserváis a los que os poseen!, ya que este poder que Tebas, sin que yo lo buscase, me otorgó voluntariamente, aspira a poseerlo el fiel Creonte, el amigo de los primeros días, utilizando medios rastreros, y arde en deseos de suplantarme sobornando a este adivino, a este pérfido impostor, a este artífice de embustes, que no ve claro más que en su propio interés y permanece ciego en el arte de predecir. Porque, vamos a ver, en fin, dime, ¿cuándo te has

© Pehuén Editores, 2001.

mostrado adivino clarividente? ¿Por qué, cuando la Esfinge proponía en este país unos versos enigmáticos no dijiste una palabra para liberar de ella a los ciudadanos?
«Y, sin embargo, no era trabajo para cualquiera, sino para un adivino, el explicar sus enigmas; en aquella ocasión no te mostraste ni inspirado por los dioses ni enterado por la ciencia augural. Y yo llegué entonces; yo, Edipo, el ignorante, y con la sola luz de mi espíritu y sin saber ciencia augural, conseguí reducir a la Esfinge al silencio. Y he aquí que ahora pretendes arrojarme del trono, con la esperanza de colocar en él a Creonte y sentarte junto a éste. No será sin lágrimas como llegaréis tú y tu cómplice a expiar vuestro intento de arrojarme de aquí como un ser impuro. Y si no fuera porque pienso que eres un anciano, en castigo te hubiera ya dado a conocer el precio de tus afirmaciones

CORIFEO:
Como las tuyas, Edipo, las palabras del adivino me parecen haber sido dictadas por la cólera. No necesitamos de tales discusiones; lo que nos hace falta es averiguar como daremos mejor cumplimiento a los oráculos del dios.

TIRESIAS *(A* EDIPO, *después de un silencio.)*:
Por muy rey que seas, Edipo, me corresponde contestarte con igual título, de igual a igual, ya que yo también reino a mi modo. Yo no soy tu esclavo; Apolo es mi dueño, y nunca figuraré en el número de los clientes de Creonte. Ya que me insultas en mi ceguera, he aquí lo que tengo que decirte: tú, que tienes los ojos abiertos a la luz, no ves la desgracia que se cierne contra ti ni ves en qué lugar habitas ni con quiénes convives. ¿Sabes de quién desciendes? Eres, sin saberlo, odioso a todos los tuyos, que están abajo en el Hades, y a los que están aún encima sobre la tierra. La aterradora maldición de un padre y de una madre te acosa y te echará de este país; y tú, que hoy ves claramente la luz, pronto no verás más que tinieblas. Ningún lugar estará al abrigo de tus lamentos. ¿Qué Citerón responderá dentro de poco a tus gemidos, cuando conozcas el himeneo que te condujo, pasajero demasiado feliz, al puerto sin fondeadero de tu propio hogar? No presientes tampoco los innumerables males que te vendrán a igualar con tus hijos. Después de esto, puedes cubrir de lodo a Creonte y mis palabras. Nadie entre los hombres será tan duramente maltratado por el Destino como tú.

EDIPO:
¿Tendré, pues, que oír y soportar semejantes cosas de los labios de este hombre? ¿No ves que corres a tu desgracia? Huye inmediatamente, retírate y abandona esta casa.

TIRESIAS:
Yo no hubiera venido por mí mismo si tú no me hubieses llamado.

EDIPO:
Yo no sabía que emplearías un lenguaje tan insensato, pues de haberlo sabido no me hubiera apresurado tanto en mandarte llamar.

TISERIAS:
Insensato puedo parecerlo a tus ojos, pero los padres que te dieron el ser me hallaban razonable.

EDIPO:
¿Qué padres? ¡Quédate aquí! ¿De quién he nacido yo?

© Pehuén Editores, 2001.

TIRESIAS:
El día de hoy te hará nacer y perecer.

EDIPO:
¡Cuán obscuras y enigmáticas son siempre tus palabras!

TIRESIAS:
¿No eres tú hábil en resolver enigmas?

EDIPO:
¿Echasme en cara lo que hizo mi grandeza?

TIRESIAS:
Esta grandeza, sin embargo, es la que te ha perdido.

EDIPO:
¡Qué me importa, si por ella salvé la ciudad!

TIRESIAS:
No me queda ya sino retirarme. ¡Tú, niño, guíame!

EDIPO:
Sí, que te lleve, pues tu presencia me atormenta; y tu apresurada ausencia ya no me importunará.

TIRESIAS:
Me iré, pero no sin antes haber dicho lo que me trajo aquí, sin temer tu mirada, pues no tienes poder para quitarme la vida. Así, pues, te lo repito: el hombre a quien andas buscando desde hace tiempo con tus amenazas y tus proclamas, el matador de Layo, ese hombre está aquí; pasa por un extranjero domiciliado en Tebas; pero pronto se verá que es tebano de nacimiento, y este descubrimiento no será para él motivo de alegría. El ve ahora y se quedará ciego; es rico y mendigará su sustento; caminará por tierras extrañas tanteando su camino con un bastón. Se descubrirá que es la vez padre y hermano de sus propios hijos; hijo y esposo de la madre que le dio el ser, y el matador de un padre a cuya esposa fecundó.
«Y ahora, ve, entra a tu palacio y reflexiona sobre lo que acabas de oír. Si encuentras que mentido, podrás decir entonces que no entiendo una palabra de adivinación.
(Sale TIRESIAS *con el niño.* EDIPO *entra a su palacio.)*

CORO:
¿Quién es aquel a quien la roca profética de Delfos designó como el autor que con sus manos sangrientas llevó a cabo el más indecible de los crímenes abominables? He aquí que para él ha llegado el momento de huir con pies más vigorosos que los de los caballos impetuosos del huracán; pues, armado con los fuegos del relámpago, el hijo de Zeus, Apolo, se lanza contra él, y las espantosas e infalibles Furias le van siguiendo. De lo alto del nevado Parnaso, una voz fulgurante no hace mucho estalló, ordenando que todos busquen las huellas del culpable desconocido. Va errando a través de la selva agreste, cruzando cavernas y rocas, como un toro acorralado. Miserable, su carrera desgraciada le aísla de los hombres, mientras busca cómo escapar de los oráculos que han surgido del centro de la Tierra; pero ellos, eternamente vivos, alados, revolotean en torno de él. Terribles, sí, terribles, son las ideas que este sabio agorero ha despertado en el fondo de mí. Sin poder creerlo o desdecirlo, permanezco perplejo y no sé qué decir. Mi espíritu vaga en la incertidumbre, ya no ve nada seguro ni en el presente ni en el pasado. ¿Qué disputa pudo surgir entre los labdácidas y el hijo

© Pehuén Editores, 2001.

de Pólibo? Ni hoy ni entonces he sabido nada que pudiera ofrecerme un testimonio valedero para condenar a Edipo, atacar su popularidad y vengar en favor de los hijos de Lábdaco a un muerto, cuyos asesinos son todavía desconocidos. Ciertamente Zeus y Apolo son dioses clarividentes, que conocen las acciones de los mortales. Pero que entre los hombres pueda existir un adivino mejor informado que yo, eso no es verdad. Por la habilidad, sólo un hombre puede sobrepasar la habilidad de otro. Nunca, antes de ver justificado por los hechos lo que dice Tiresias, aprobaré a los que condenan a Edipo. Cuando la doncella alada vino a la vista de todos a atacarlo a su vez, bien se vio entonces qué prueba dio de su habilidad y de su afecto a la ciudad de Tebas. Así que nunca mi corazón lo acusará de un crimen.
(CREONTE, *muy emocionado, entra súbitamente.)*

CREONTE:
Ciudadanos, informado de la acusación lanzada contra mí por Edipo, nuestro señor, vengo a vosotros, pues no puedo soportar esas palabras terribles. Si él cree poder pensar que en nuestras presentes desgracias haya intentado con palabras o actos ir en contra suya, no quiero, cargado con esta acusación, que mi vida sea más larga. No es, en efecto, un pequeño perjuicio el que me acarrean esas palabras; es un daño inmenso, para mí el más grave de los daños, si esta ciudad me tuviera por traidor y si fuese para vosotros o vuestros amigos sospechoso do traición.

CORIFEO:
Es posible que esa injuria esté más inspirada por un arrebato de cólera que por la reflexión.

CREONTE:
¿Sobre qué se funda Edipo para afirmar que fue a instigación mía el que el adivino profiriese esas palabras falsas?

CORIFEO:
Esas palabras fueron pronunciadas; pero yo no sé con qué intención.

CREONTE:
Pero ¿ha sido con mirada recta y pensamiento recto como fue lanzada esa acusación contra mí?

CORIFEO:
No lo sé. No juzgan mis ojos lo que hacen los amos. Pero helo aquí a él mismo, que sale de su palacio.

(EDIPO *entra bruscamente.)*
EDIPO:
¿Aquí tú? ¿Cómo puedes presentarte? ¿Tienes la audacia y el descaro de venir a mi casa, tú que manifiestamente quieres ser mi asesino y el usurpador de mi poder? ¡Vamos, habla, en nombre de los dioses! ¿Has resuelto llevar hasta el final esos designios, o me has tomado por un cobarde, o quizá por un demente? Esos proyectos, esas astucias de serpiente, ¿suponías que las ignoraría, o que una vez descubiertas no me defendería contra ellas? ¿No es empresa de un loco buscar sin amigos, sin dinero, apoderarse del poder que sólo puede obtenerse mediante las riquezas y por la voluntad del pueblo?

CREONTE:
¿Sabes lo que tienes que hacer? Como yo te he escuchado,

© Pehuén Editores, 2001.

déjame responder en la misma forma a tus palabras, y juzga con toda libertad cuando te hayas informado.

EDIPO:
Sabes hablar con habilidad; pero yo estoy poco dispuesto a oírte, pues he descubierto en ti un enemigo peligroso.

CREONTE:
Escucha primero lo que tengo que decirte.

EDIPO:
¿No me irás a decir que eres inocente?

CREONTE:
Si crees que la obstinación sin prudencia es un bien, te equivocas.

EDIPO:
Y si tú crees que se puede ultrajar a un pariente sin sufrir castigo, te engañas.
CREONTE:
Tienes razón en este punto. Pero, dime, ¿qué grave perjuicio te he ocasionado? Dímelo.

EDIPO:
¿Fuiste tú, sí o no, quien me aconsejo que debía enviar a un mensajero en busca del augusto adivino?

CREONTE:
Incluso ahora soy del mismo parecer.

EDIPO:
¿Cuánto tiempo ha transcurrido del hecho en que Layo...

CREONTE:
¿Qué hecho? No adivino...

EDIPO:
...desapareció, muriendo a manos de un asesino?

CREONTE:
Muchos años han pasado desde entonces.

EDIPO:
Ese adivino, ¿ejercía su arte en aquellos tiempos?

CREONTE:
Entonces era igualmente hábil e igualmente honrado.

EDIPO:
¿Hizo él entonces alguna mención de mí?

CREONTE:
Nunca; o por lo menos en mi presencia.

EDIPO:
¿No hicisteis acerca de aquella muerte pesquisa alguna?

CREONTE:
Ciertamente la hicimos, pero sin resultado.

EDIPO:
¿Por qué, pues, ese hábil adivino no dijo nada entonces de lo que dice hoy?

© Pehuén Editores, 2001.

CREONTE:
No sé nada, y prefiero callarme sobre lo que no sé.

EDIPO:
Bastante sabes, y podrías hablar con todo conocimiento de causa.

CREONTE:
¿Hablar de qué? Si algo supiese, no me lo callaría.

EDIPO:
Si no hubiera estado de acuerdo contigo, confiesa que jamás Tiresias habría afirmado que yo era responsable de la muerte de Layo.

CREONTE:
Si tal ha afirmado, tú lo sabrás. En cuanto a mí se refiere, me creo con derecho a interrogarte tanto como tú me has preguntado a mí.

EDIPO:
Pregunta; no por eso me vas a convencer del homicidio.
CREONTE:
Pues bien, ¿estás desposado con mi hermana?

EDIPO:
Me es imposible responder que no a esta pregunta.

CREONTE:
¿No compartes con ella el trono, teniendo igual poder sobre un mismo país?

EDIPO:
Ella consigue de mí todo lo que puede desear.

CREONTE:
¿No soy yo, como tercero, igual a vosotros dos?

EDIPO:
Precisamente por esto te revelas como un pérfido amigo.

CREONTE:
De ninguna manera, si reflexionas un poco conmigo. Ante todo, considera si puede haber alguien que prefiera reinar con temor e inquietud a dormir tranquilamente, disfrutando al mismo tiempo de un poder idéntico. Por mi parte, deseo menos ser rey que disfrutar del poder de un rey, y a todos los hombres que saben poner freno a sus deseos les ocurrirá lo mismo. Hoy, sin tener que temer nada, obtengo todo lo que quiero de ti, mientras que si fuese rey, yo mismo actuaría a menudo en contra de mi voluntad. ¿Cómo, pues, la realeza sería más agradable para mí que una autoridad y un poder omnímodos que no me aportan ninguna inquietud? No soy, por otra parte, lo bastante cándido para desear otra cosa que los honores con todas sus ventajas. Hoy saludo a todo el mundo, hoy responden todos a mi saludo, y todos los que necesitan de ti acuden a mí, porque piensan que gracias a mí pueden obtenerlo todo. ¿Cómo, pues, podría repudiar lo que tengo, para apoderarme de lo que te pertenece? Una mente reflexiva no sabría ser inepta. No; no tengo ningún aliciente para esta resolución, y además, nunca soportaría que otro me ayudase para llegar a mis fines si el caso se diese. ¿Quieres una prueba de ello? Ve primero a Delfos y entérate por ti mismo para saber si te he comunicado fielmente la respuesta del oráculo; y luego, si llegas a tener pruebas de que

© Pehuén Editores, 2001.

me he puesto de acuerdo con ese adivino, no me condenes a muerte por un solo voto; hazlo por dos, incluyendo también el mío. Deja, pues, de condenarme sin oírme y por vagas sospechas, pues no es justo creer a la ligera que los buenos obran mal, y los malos, bien. Rechazar a un amigo leal equivale, a mi juicio, a sacrificar la propia vida, que es el bien más preciado. Con el tiempo reconocerás la verdad de lo que te digo, pues sólo el tiempo revela al hombre leal, mientras que un solo día basta para desenmascarar al traidor.

CORIFEO:
Príncipe, para todo el que desee no dar un mal paso, Creonte ha hablado bien. Juzgar con demasiada ligereza no proporciona juicios seguros.

EDIPO:
Cuanto con más presteza y cautela el enemigo se apresura a armar contra mí celadas, más pronto debo estar yo para atender a mi defensa. Si espero inactivo, los proyectos de este hombre se realizarán y los míos estarán condenados al fracaso.

CREONTE:
¿Qué quieres hacer? ¿Obligarme a abandonar el país?

EDIPO:
No; quiero tu muerte, no tu destierro.
CREONTE:
No antes, sin embargo, que me hayas demostrado qué malquerencia abrigo contra ti.

EDIPO:
¿Hablas, pues, como si no quisieras ni doblegarte ni ceder?

CREONTE:
No veo que juzgues con criterio sano.

EDIPO:
Por lo menos juzgo en mi propio interés.

CREONTE:
Tienes también que juzgar en el mío.

EDIPO:
Pero tu naturaleza es la de un pérfido.

CREONTE:
¿Y si en contra mía no puedes probar nada?

EDIPO:
Hay, no obstante, que ceder ante quien manda.

CREONTE.
No, si el que manda es injusto.

EDIPO *(Levantando los brazos.)*:
¡Ciudad, ciudad de Tebas!

CREONTE:
Y yo también soy de la ciudad; Tebas no es sólo tuya.

CORIFEO:
¡Cesad, príncipes! Muy a tiempo para vosotros veo a Yocasta que sale de su palacio. Hay que contar con ella en la presente contienda.
(Entra YOCASTA.)

© Pehuén Editores, 2001.

YOCASTA:
¿Por qué, desgraciados, habéis suscitado esta discusión irreflexiva? ¿No os sentís avergonzados de dar rienda suelta a rencillas privadas, cuando el país se ve tan cruelmente castigado? Entra a tu palacio, Edipo, y tú, Creonte, vuelve a tu casa. No convirtáis una cosa fútil en un gran dolor.

CREONTE:
Hermana mía: Edipo, tu esposo, encuentra justo hacerme padecer una terrible suerte. Entre dos males: ser expulsado de la tierra paterna, o ser condenado a muerte, me da a elegir.

EDIPO:
Es verdad. Pero le he sorprendido, mujer, tramando contra mi vida pérfida conjura.

CREONTE:
¡Que nunca jamás sea feliz, sino maldecido y perdido, si alguna vez en contra tuya he querido cometer una acción como esta de que me acusas!

YOCASTA:
En nombre de los dioses, Edipo, cree en sus palabras, por respeto ante todo al juramento divino, y por respeto luego a mí misma y los que están junto a ti.

CORIFEO:
Cede, príncipe, y déjate ablandar, te lo suplico de todas veras.

EDIPO:
¿Sobre qué quieres, pues, que llegue a ceder?

CORIFEO:
Ten en cuenta también que ya no es un niño, y acaba de hacer el gran juramento. Respétalo.

EDIPO:
¿Sabes bien lo que solicitas?

CORIFEO:
Lo sé.

EDIPO:
Pues bien, explica tu pensamiento.

CORIFEO:
Guárdate de acusar sin motivo y de deshonrar a un amigo que está protegido por la fe debida al juramento.

EDIPO:
Has de saber que pedirme esto es pedir mi pérdida o mi destierro de esta comarca.

CORIFEO:
No, ¡por este Sol, primer dios de todos los dioses! ¡Que muera yo sin dios y sin amigos, en el más grave de todos los suplicios, si tengo tal pensamiento! Pero, en mi infortunio, la desgracia de este país me desgarraría aún más el alma si a los males que sufrimos se viniesen a añadir otros nuevos, procedentes de vuestras disensiones.

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
¡Que se vaya, pues, aun cuando yo deba desaparecer para siempre o verme vergonzosamente obligado a abandonar este país! Son las palabras de tu boca las que me ablandan y hacen que me compadezca. El, a cualquier sitio que vaya, no merecerá más que mi odio.

CREONTE:
Bien claro se ve que tu odio cede sólo de mala gana. Pero cuando se te haya pasado la cólera, lo sentirás tú mismo. Caracteres como el tuyo, difícilmente se soportan a sí mismos.

EDIPO:
Déjame ya y márchate.

CREONTE:
Me marcharé; pero aunque tú reniegues de mí, para éstos sigo siendo el mismo.

CORIFEO:
Reina, ¿por qué tardas en llevarte a Edipo a su palacio?

YOCASTA:
Me informaré primero de lo que ha ocurrido.

CORIFEO:
Unas palabras han hecho nacer sospechas imprecisas; y toda sospecha, por injustificada que sea, se transforma en una picadura.

YOCASTA:
¿Y fueron recíprocas?

CORIFEO:
Sí, ciertamente.

YOCASTA:
¿Qué se decían, pues?

CORIFEO:
¡Basta!, créeme. Entre tantas amarguras como en las que se encuentra este país, dejémoslo en el punto en que cesó la querella.

EDIPO:
¿Ves a dónde llegas? Tus intenciones son buenas, y, sin embargo, descuidas mi causa y afliges mi corazón.

CORIFEO:
Príncipe, te lo he dicho, y un sinnúmero de veces repetido; has de sabe que me consideraría loco y desposeído de sentido común si me apartase un momento de ti, que en los sufrimientos que atormentaban a mi patria bienamada supiste enderezar su rumbo. Hoy otra vez, si puedes, sé nuestro guía afortunado.

YOCASTA:
¡En nombre de los dioses, príncipe, entérame de la razón que hizo nacer en ti tal enojo!

EDIPO:
Te lo voy a decir, esposa mía, pues siento por ti más respeto que por todos estos tebanos. Todo proviene de Creonte y de la conjura que ha tramado contra mí.

© Pehuén Editores, 2001.

YOCASTA:
Habla, y que vea yo si tus agravios justifican claramente vuestras disensiones.

EDIPO:
Pretende que soy el asesino de Layo.
YOCASTA:
¿Lo sabía por sí mismo o por boca de otro?

EDIPO:
Me envió un siniestro adivino, guardándose bien él de afirmar nada.

YOCASTA:
No te atormentes por lo que me estás diciendo. Escúchame y te convencerás de que no hay ningún mortal que entienda una palabra de profecías. En pocas palabras te daré una prueba de ello. Hace tiempo, un oráculo, transmitido no diré que por el mismo Apolo, sino a través de uno de sus servidores, pronosticaba a Layo que su destino era morir a manos de un hijo suyo que le nacería de mí. Pues a pesar de eso, a Layo le mataron hace tiempo, por lo menos eso dice la opinión general, unos bandidos extranjeros, en el cruce de tres caminos. Y respecto de su hijo, cuando sólo hacía tres días que éste había nacido, Layo lo entregó, con los pies bien atados por los tobillos, a manos mercenarias, para que lo arrojasen al fondo de una sima impenetrable de una montaña. Ahí tienes cómo ni Apolo ha cumplido sus oráculos ni el hijo de Layo mató a su padre. Y Layo no murió como él con tanto horror temía, a manos de su hijo. Así se cumplió lo que los oráculos habían predeterminado. De modo que no te inquietes más. Lo que un dios juzga útil que se sepa, lo revela fácilmente él mismo.*(Pausa.)*

EDIPO:
¡Qué extraña turbación en mi alma y qué desconcierto en la mente se apodera de mí al escucharte, mujer!

YOCASTA:
¿Qué inquietud te angustia y te tortura para hablar así?
EDIPO:
Creo haberte oído decir que a Layo lo mataron en el cruce de tres caminos.

YOCASTA:
Eso se dijo entonces y se ha seguido repitiendo.

EDIPO:
Y ¿en qué comarca ocurrió esa desgracia?

YOCASTA:
En un país que se llama Fócida, y en el punto en donde se encuentran los dos camino que vienen de Delfos y de Daulia.

EDIPO.
Y ¿cuánto tiempo hace de todo ello?

YOCASTA:
La noticia se esparció por Tebas poco antes de la fecha en que viniste a ser rey de estas tierras.

EDIPO:
¡Oh Zeus! ¿Qué has resuelto hacer de mi persona?

YOCASTA:
¿Qué hay, Edipo? ¿Qué es lo que te alarma de ese modo?

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
No me lo preguntes aún. Hablemos de Layo; dime, ¿cómo era Layo?, ¿qué edad representaba?

YOCASTA:
Era alto; sus cabellos empezaban a encanecer, y su cara se parecía bastante a la tuya.
EDIPO:
¡Ay de mí, desgraciado! Mucho me temo haber proferido sobre mí mismo y sin saberlo horribles maldiciones.

YOCASTA:
¿Qué dices? ¡Me da miedo mirarte a la cara, ¡oh príncipe!

EDIPO:
¡Temblando estoy de miedo al pensar que el adivino haya visto claro! Pero me aclararás mejor el asunto si añades unas palabras.

YOCASTA:
Yo también tiemblo. Mas contestaré a todo cuanto preguntes, si lo sé.

EDIPO:
¿Viajaba Layo solo o bien escoltado, como un jefe, por un séquito numeroso?

YOCASTA:
Eran cinco en total y entre ellos iba un heraldo y una sola carroza, que ocupaba Layo.

EDIPO:
¡Ay! ¡Ay! ¡Todo se va aclarando! Pero ¿quién fue, mujer, el que os trajo estos detalles?

YOCASTA:
Un servidor, el único que volvió sano y salvo.

EDIPO:
¿Vive todavía en palacio?

YOCASTA:
No. Cuando volvió, y tan pronto como vio que estabas en el poder, después de muerto Layo, me suplicó cogiéndome las manos que le enviase al campo y le destinase al pastoreo de los rebaños, con el fin, dijo, de tener la ciudad lo más lejos posible y fuera del alcance de su vista. Consentí en ello, pues, a pesar de ser esclavo, era merecedor, no de este favor, sino de otro más grande que el que imploraba.

EDIPO:
¿Podría venir aquí enseguida?

YOCASTA:
Sin duda. Mas ¿por qué quieres que venga?

EDIPO:
Temo, mujer, haber dicho demasiado sobre las razones que tengo para desear verle.

YOCASTA:
Vendrá, pues. Pero, ¿no merezco saber yo también lo que puede, ¡oh rey!, inquietarte tan profundamente?

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
No pienso ocultártelo, puesto que, en trance tan angustioso, ésta es mi única esperanza. Y, por otra parte, ¿a quién con más libertad que a ti podría confiarme?

(Pausa.)

«Mi padre era Pólibo, de Corinto; Mérope, de Doria, mi madre. Pasaba yo allí por el ciudadano más considerado y feliz de todos, hasta que sobrevino un incidente que merecía que me produjera extrañeza, pero no que yo lo tomase tan a pechos como lo hice. En pleno festín, un comensal que había bebido con exceso, en la inconsciencia de su embriaguez, me insultó, diciendo que yo era hijo adoptivo. Indignado, me contuve con dificultad aquel día. Al siguiente, me dirigí a mi madre y a mi padre para que me informasen. Se indignaron contra el que me había inferido aquel ultraje. Su indignación
me consoló un poco. Mas el insulto se había clavado en mi alma y me atormentaba. Sin saberlo mis padres, me marché a Delfos. Febo no respondió a las interrogaciones que yo le había dirigido y me despidió, no sin antes haberme anunciado otras desgracias terribles y lamentables. Dijo que yo estaba destinado a ser el marido de mi madre, de la que tendría descendencia, odiosa a los ojos de los humanos; y que sería el asesino del padre que me había engendrado. Yo, después de oídas tales predicciones, rigiéndome en adelante en mi camino por la marcha de los astros, volví la espalda al país de Corinto, buscando un lugar en donde nunca viera el cumplimiento de las vergonzosas atrocidades que me habían pronosticado aquellos siniestros oráculos. Andando, andando, llegué al lugar en donde dices que Layo encontró la muerte. Y ahora, mujer, te voy a decir toda la verdad. Prosiguiendo mi ruta, llegaba yo cerca del cruce de los caminos cuando pasó un heraldo y seguidamente, ocupando una carroza arrastrada por briosos caballos, un hombre tal cual me lo has descrito. Entonces el cochero y el anciano trataron de apartarme brutalmente del camino. Encendido de cólera, golpeé al cochero que me había atropellado; el anciano, al llegar el momento de pasar yo junto al coche, me propinó un golpe en la cabeza con su doble aguijón. No tardó en pagarlo caro. En el mismo instante, a un golpe del bastón que armaba esta mano, cayó hacia atrás y rodó a tierra desde el centro de su carroza. En cuanto a los demás, los maté a todos.

(Un silencio.)
«De modo que si aquel extranjero tiene alguna afinidad con el rey Layo, ¿puede haber hombre más desgraciado que yo, mortal más odiado por los dioses? Ningún extranjero, ningún ciudadano puede recibirme en el seno de su hogar, ninguno puede dirigirme la palabra, y todos deben apartarme lejos de ellos. ¡Y todo esto en virtud de las mismas maldiciones que no otro, sino yo mismo, he pronunciado contra mí! Al tener en mis brazos esta esposa del muerto la mancho, puesto que estos brazos le han matado. ¿He nacido, pues, maldito?, ¿no estoy enteramente cubierto de impureza? Sí, tengo que exiliarme, y que en este destierro no me sea permitido ya ver a mis padres, ni hollar el suelo de mi patria sin correr el riesgo de unirme a mi madre en matrimonio, de matar a mi padre Pólibo, que me engendró y que me crío. ¿No tendría razón quien pensara que estas desgracias provienen de un genio cruel que se ha ensañado conmigo? No; no, santo respeto a los dioses; que jamás vea yo llegar tal día, que desaparezca entre los mortales antes que ver impresa en mí la mancha de esas vergonzosas calamidades.

© Pehuén Editores, 2001.

CORIFEO:
Nosotros también, príncipe, estamos anonadados por el miedo a todas esas calamidades; pero hasta tanto que el testigo no te lo haya aclarado todo, ten esperanza.

EDIPO:
En verdad, toda mi esperanza está en esperar a ese hombre, ese pastor, ese único testigo.

YOCASTA:
¿Por qué crees que su llegada puede tranquilizarte?

EDIPO:
Te lo diré. Si afirma las mismas cosas que tú, nada tengo que temer.
YOCASTA:
Y ¿qué afirmación de tal importancia me has oído decir?

EDIPO:
Ese pastor, me has dicho, sostiene que fueron unos bandidos los que mataron a Layo. Si persiste en decir lo mismo, no soy yo el matador, pues un solo hombre no cuenta por varios. Pero si habla de un solo transeúnte aislado, resulta entonces claro que aquel hecho no puede recaer sino sobre mí.

YOCASTA:
Estáte, pues, tranquilo, ya que así habló ese testigo y no puede ya desdecirse de lo que dijo. No he sido la única que lo he oído: la ciudad entera ha escuchado lo mismo que yo. Y aun en el caso de que se apartase de su primer relato, jamás, príncipe, podrá demostrar que Layo fue muerto según los pronósticos, ya que Loxias había declarado que Layo moriría a manos de mi hijo, y aquel hijo, desgraciado, no pudo matar a su padre, puesto que había muerto mucho antes. Por eso, para acoger un presagio, mis ojos ya no se volverán jamás ni a la derecha ni a la izquierda.

EDIPO:
Tienes razón. A pesar de todo, envía a buscar a ese esclavo; no lo descuides.

YOCASTA:
Voy a enviártelo en seguida. Pero entremos al palacio. Nunca haré nada que no sea de tu gusto.

(EDIPO *y* YOCASTA *se marchan.)*

CORO:
¡Ojalá los dioses hagan que mi destino, tanto en mis propósitos como en todos mis actos, sea guardar la augusta pureza, cuyas sublimes leyes han sido decretadas allá arriba, en los celestes espacios del éter en donde han nacido!
«Sólo el Olimpo es su padre; la naturaleza caduca de los humanos no las ha producido, y jamás el olvido las dejará dormir, pues es un dios poderoso quien las anima, un dios que no envejecerá.
«El orgullo engendra al tirano; el orgullo, cuando ha acumulado vanamente imprudencias y demasías ni convenientes ni útiles, luego de haber trepado hasta una abrupta cima, precipita al hombre en un abismo de desgracias de donde, para salir, su pie no le sirve de ninguna ayuda.
«Yo suplico a la Divinidad que este tan noble pugilato para salvar la ciudad no se malogre: para ello no cejaré de implorar la protección divina. Pero si uno de entre nosotros, en sus acciones como en sus propósitos, se deja llevar de los dioses, que se adueñe de su persona un destino desgraciado en castigo

© Pehuén Editores, 2001.

de su culpable insolencia, y lo mismo al que se enriquece con ilegítimas ganancias, o comete actos sacrílegos, o profana en su desvarío las cosas santas. ¿Quién podría entonces alejar de su alma los dardos del remordimiento? Pues si tales crímenes fuesen honrosos, ¿de qué me serviría celebrar a los dioses con mis coros?
«No, jamás iré ya a ese centro sagrado del mundo a adorar a los dioses, ni al templo de Abas, ni a Olimpia, si esas predicciones no se cumplen a la vista de todos los mortales. Zeus, dios todopoderoso, si mereces ese título, tú a quien nada escapa y reinas como soberano señor, no permitas que algo se escape ni a tu mirada ni a tu eterno imperio: hoy vense marchitos y menospreciados los antiguos oráculos, dados a Layo; en ninguna parte Apolo recibe ya honores brillantes, y el culto de los dioses se va desvaneciendo.

(Entran YOCASTA *y sus doncellas trayendo consigo guirnaldas de laureles y otras ofrendas.)*

YOCASTA: -Príncipes de este país: he resuelto salir a visitar los santuarios de los dioses con estas coronas y estos perfumes que en mis manos traigo; pues Edipo deja que aniden en su corazón mil torbellinos de inquietud exagerada, y en vez de juzgar, como hombre sensato, de los oráculos presentes por el fracaso de los pasados, se abandona a quienquiera que sea que le hable, con tal que le digan cosas que aviven sus sospechas pavorosas; y como mis consejos no tienen poder alguno sobre él, vengo a ti, nuestro más próximo dios, Apolo Licio, como suplicante, con estos dones votivos, para obtener por tu intercesión que se nos libre de todas nuestras manchas. Todos, en efecto, como marineros que ven alocado al piloto de su navío en peligro, temblamos hoy viendo a Edipo aterrorizado.

(Mientras YOCASTA *va dejando sus ofrendas, entra un* MENSAJERO.)

MENSAJERO:
¿Podría yo, extranjero, saber por vosotros en dónde se alza el palacio de Edipo, vuestro rey? Y decidme, sobre todo, si lo sabéis, ¿en dónde se encuentra él mismo?

CORIFEO:
Estás viendo su palacio, y el rey, extranjero, está dentro. He aquí a su esposa, madre de sus hijos.

MENSAJERO:
¡Que sea dichosa y viva siempre con gentes felices ella que es para el rey una esposa fiel!

YOCASTA:
¡Que para ti sea lo mismo, extranjero, pues lo mereces por tus gentiles palabras! Pero, dinos, ¿qué necesidad te trae aquí y que noticias vienes a anunciarnos?
MENSAJERO:
Para tu casa, como para tu esposo, son, ¡oh mujer!, noticias favorables.

YOCASTA:
Y ¿cuáles son esas noticias? ¿De donde vienes?

MENSAJERO:
De Corinto. Las noticias que traigo seguramente te producirán alegría. ¿Cómo podría ser de otra manera?; pero quizá también te a aflijan.

© Pehuén Editores, 2001.

YOCASTA:
¿Qué noticias? ¿Qué doble efecto pueden tener?

MENSAJERO:
Los habitantes del país del Istmo quieren, según se dice por allí, proclamar como rey a Edipo.

YOCASTA:
¿Cómo? ¿Es que el anciano rey Pólibo no está ya en el poder?

MENSAJERO:
Pues no; ya que la muerte lo encierra en la tumba.

YOCASTA:
¿Qué dices? ¿De modo que Pólibo ha muerto?

MENSAJERO:
Que muera yo mismo si lo que digo no es verdad.

YOCASTA *(A una doncella.)*:
Mujer, date toda la prisa que puedas para ir a anunciar a tu señor esta noticia. ¡Oh predicciones de los dioses!, ¿qué queda de vosotras? Por miedo de matar a Pólibo, Edipo se exilió, y he aquí que ahora ha sido el Destino, y no la mano de Edipo, quien le ha dado muerte.

(Entra EDIPO.)

EDIPO:
Mi muy amada esposa Yocasta, ¿por qué me habéis hecho salir de palacio?

YOCASTA:
Oye a este hombre; escúchalo, y mira a lo que han venido a parar los oráculos venerables de los dioses.

EDIPO:
Este hombre ¿quién es, y qué viene a decirme?

YOCASTA:
Viene de Corinto para anunciarte que Pólibo, tu padre, no existe ya: ha muerto.

EDIPO *(A* MENSAJERO.):
¿Qué dices, extranjero? Relátame tú mismo tu mensaje.

MENSAJERO:
Si ante todo hay que anunciar claramente la noticia, has de saber que Pólibo se ha ido: ha muerto.

EDIPO:
¿Fue en una celada o a consecuencia de alguna enfermedad?

MENSAJERO:
El menor contratiempo abate a un hombre de edad.

EDIPO:
¡El desgraciado ha sucumbido víctima de alguna enfermedad!

MENSAJERO:
Sobre todo por los años.

EDIPO:
¡Ay! ¡Ay! ¿Por qué, pues, ¡oh mujer!, prestar tanta atención a la

© Pehuén Editores, 2001.

profetisa de Delfos y a los piidos de los pájaros en los aires? Según aquellas predicciones, yo debía matar a mi padre. Y he aquí que ha muerto y yace bajo tierra y yo estoy aquí, y jamás puse mano sobre el pomo de la espada; ¡a menos que haya muerto por la pesadumbre que le produjera mi ausencia! En este caso, sí que podría haber sido yo la causa de su muerte. ¡Pero no! Ya Pólibo yace durmiendo en el Hades y ha enterrado con él todos esos oráculos, lo que prueba que no merecían crédito.

YOCASTA:
¿No te lo había dicho yo hace tiempo?

EDIPO:
Así me lo habías asegurado; pero yo vivía influido por ese temor.

YOCASTA:
Que tu corazón no tema nunca ya a ningún oráculo.

(Pausa.)

EDIPO:
Pero, y lo del lecho de mi madre, ¿cómo dejar de temerlo?

YOCASTA:
¡Para qué vivir en continua alarma, si la casualidad manda siempre como un soberano en el destino de los hombres y nada puede ser previsto con certeza? Lo mejor es vivir, en la medida de lo posible, al dictado de la Fortuna. En cuanto a tí, no te asuste ese ayuntamiento con tu madre, pues numerosos son los mortales que en sueños han compartido el lecho materno. Quien vive despreocupado de todos esos temores, soporta la vida de un modo más cómodo.

EDIPO:
Todo lo que estás diciendo estaría muy bien dicho si la que me engendró no se hallase aún en vida. Pero como vive, preciso es que, a pesar de tus justas palabras, sienta temores.

YOCASTA:
La tumba de tu padre debe, sin embargo, ser un gran alivio para ti.

EDIPO:
Lo es ciertamente. Pero tengo miedo por la que vive aún.

MENSAJERO:
¿Cuál es, pues, la mujer que a tal extremo te asusta?

EDIPO:
Mérope, anciano, la que vivía con Pólibo.

MENSAJERO:
Y ¿qué es lo que respecto a ella te causa miedo?

EDIPO:
Un oráculo, extranjero; un oráculo espantoso, que pronunciaron los dioses.

MENSAJERO:
¿Puede saberse, o no está permitido que otro lo conozca?

EDIPO:
Puede ser conocido. Loxias predijo un día que yo debía unirme a mi madre y derramar con mis manos la sangre de mi padre. He aquí por qué desde hace tiempo vivo lejos de Corinto. No

© Pehuén Editores, 2001.

me ha ido mal; pero, sin embargo, siempre es dulce gozar de la vista de los padres.

MENSAJERO:
¿De modo que por causa de todos esos temores te expatriaste de allí?

EDIPO:
Porque no quería, anciano, llegar a ser el matador de mi padre.

MENSAJERO:
Mas ¿por qué, príncipe, no te he librado de esas aprensiones, yo que he llegado aquí lleno de buenos sentimientos hacia ti?

EDIPO:
En verdad recibirás de mí una digna recompensa.

MENSAJERO:
Pues a fe que si he venido lo hice esperando que a tu retorno a Corinto pudiera obtener un buen beneficio.

EDIPO:
Pero es que yo jamás volveré a vivir con los que me dieron el ser.

MENSAJERO:
Hijo mío, bien se ve que no sabes lo que haces...
EDIPO:
¿Cómo es eso, anciano? En nombre de los dioses, infórmame.

MENSAJERO:
Si ésas son las razones que te impiden volver a tu país...

EDIPO:
Por temor de que Apolo hubiera pronunciado sobre mí un verídico oráculo.

MENSAJERO:
¿Temes mancharte con un sacrilegio cometido contra tus padres?

EDIPO:
Eso es precisamente, anciano, el eterno motivo de mi terror.

MENSAJERO:
¿No sabes, pues, que esas alarmas son injustificadas?

EDIPO:
¿Cómo injustificadas? ¿No soy el hijo nacido de esos dos padres?

MENSAJERO:
Pólibo no tuvo que ver nada en el hecho de tu nacimiento.

EDIPO:
¿Qué dices? ¿Pólibo no me engendró?

MENSAJERO:
Ni más ni menos que pudiera haberlo hecho yo.

EDIPO:
Y ¿cómo un padre puede ser para mí igual que un extraño?

MENSAJERO:
No fuiste engendrado ni por él ni por mí.

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
Mas ¿por qué entonces me llamaba su hijo?

MENSAJERO:
Has de saber que fuiste un don que en otro tiempo recibió de mis manos.

EDIPO:
¿Y a pesar de haberme recibido de una mano extraña, me amaba tanto?

MENSAJERO:
Llegó a ello porque hasta entonces no había tenido hijos.

EDIPO:
¿Y me habías comprado o me habías hallado cuando me entregaste a él?

MENSAJERO:
Te había hallado en las cañadas arboladas del Citerón.

EDIPO:
Y ¿por qué motivos recorrías aquellos lugares?

MENSAJERO:
Guardaba en la montaña rebaños trashumantes.

EDIPO:
¿Eras, pues, pastor errante y mercenario?

MENSAJERO:
¡Y fui tu salvador en aquellos tiempos, hijo mío!

EDIPO:
¿De qué mal padecía yo, cuando me encontraste de ese modo en la desgracia?

MENSAJERO:
Tus tobillos pueden atestiguártelo.

EDIPO:
¡Ah! ¿Por qué evocas esa antigua tortura?

MENSAJERO:
Yo te desaté: tenías los extremos de los pies bien sujetos.

EDIPO:
Terrible injuria me causaron los pañales.

MENSAJERO:
El nombre que llevas te viene de esa desgracia.

EDIPO:
Por los dioses, dime, ¿me fue infligido eso por mi padre o por mi madre?

MENSAJERO:
No lo sé. Aquel de quien te recibí estará de ello mejor informado que yo.

EDIPO:
¿Me recibiste, pues, de una mano extraña, y por tanto no me hallaste tú mismo?

© Pehuén Editores, 2001.

MENSAJERO:
No; fue de otro pastor de quien te recibí.

EDIPO:
¿Quién era ese pastor? ¿Podrías decírmelo?

MENSAJERO:
Se decía que era uno de los que servían en casa de Layo.

EDIPO:
¿En casa del que era en otro tiempo rey de esta tierra?

MENSAJERO:
Sí; era pastor de la casa de ese hombre.

EDIPO:
¿Vive aún? ¿Puedo verle?

MENSAJERO *(Dirigiéndose a los del* CORO.):
Vosotros que habitáis en el país, podréis saberlo mejor que nadie.

EDIPO:
¿Hay alguien, entre vosotros que me rodeáis, que conozca al pastor de quien habla, por haberlo visto aquí mismo o en los campos? Decídmelo, pues es ocasión de aclarar este misterio.

CORIFEO:
Ese hombre no es otro, a mi juicio, que el que precedentemente querías descubrir. Pero, mejor que nadie, Yocasta podría decírtelo.

EDIPO:
Mujer, ¿crees tú que el hombre cuya llegada deseábamos hace un rato pueda ser el mismo de quien habla este anciano?

YOCASTA:
¿De quién hablas? No te inquietes y procura olvidar tan vanas palabras.

EDIPO:
No; no admitiré jamás, después de haber recogido tantos indicios, que no pueda descubrir mi nacimiento.

YOCASTA:
En nombre de los dioses, si tienes por tu vida alguna preocupación, abandona esas investigaciones. *(Aparte.)* Bastante tengo yo con mi desgracia.

EDIPO:
Permanece tranquila. Aunque descendiese yo de una triple generación de esclavos, tu no resultarías por ello humillada.

YOCASTA:
Sin embargo, créeme, te lo suplico: no hagas nada por saber.

EDIPO:
Imposible obedecerte y dejar de querer aclarar este misterio.

YOCASTA:
Sin embargo, te lo digo por tu bien y te doy el mejor consejo.

EDIPO:
Estos mejores consejos, desde hace tiempo me molestan.

© Pehuén Editores, 2001.

YOCASTA:
¡Oh desgraciado! ¡Ojalá jamás puedas saber quién eres!.

EDIPO *(Al* CORO):
Que alguno de vosotros vaya y traiga ante mí al pastor. En cuanto a ella, dejadla que se enorgullezca de su opulento nacimiento.

YOCASTA:
¡Ay, desgraciado! ¡Es el único nombre que desde ahora podré darte por última vez y para siempre!

(YOCASTA *se marcha.)*

CORIFEO:
¿Por qué, Edipo, se ha ido esa mujer víctima de violenta desesperación? Temo que de este silencio surjan nuevas desgracias.

EDIPO:
¡Estalle lo que quiera! En cuanto a mí, persisto en querer saber mi origen, por humilde que sea. Ella, naturalmente orgullosa como toda mujer, se avergüenza, sin duda, de mi bajo nacimiento. Pero yo me considero como hijo de la Fortuna, que me ha colmado de bienes, y nunca me sentiré deshonrado. Sí, la Fortuna es mi madre, y los meses que han contado mis días, tan pronto me han rebajado como me han exaltado. Y siendo tal mi origen, y nacido bajo este signo, no puedo cambiarlo. ¿Por qué voy a renunciar a descubrir mi nacimiento?

CORO:
Si soy adivino, y tengo el ingenio hábil, juro por el Olimpo inmenso, ¡oh Citerón!, que no llegará el plenilunio sin que puedas ver cómo te ensalzo y celebro como a compatriota, criador y padre de Edipo, y cómo te festejaré sin cesar con mis danzas, por los beneficios que dispensaste a nuestro rey. ¡Glorioso protector, Apolo, seante gratas mis súplicas!
«¿Cuál es, ¡oh hijo mío!, de las vírgenes inmortales, cuál es la que te dio el ser? ¿Será alguna que vagando por los campos y habiéndosele acercado Pan, te hubiera concebido? ¿Será alguna Ninfa amada de Apolo, ya que a este dios le son gratas todas las altiplanicies agrestes? Puede que también Hermes, que reina en el monte de Cilene, o el dios Baco, que habita en las altas montañas, te recibiese en pañales de alguna de las ninfas del Helicón, con quienes a menudo viene a solazarse.

(Se ve acercarse, entre los servidores de EDIPO, *al viejo pastor de* LAYO.)

EDIPO:
Si es menester, ancianos, que yo haga alguna suposición sobre un hombre que jamás he visto, creo que estoy viendo al pastor que buscábamos desde hace tiempo. Su mucha edad concuerda con la de este mensajero. Reconozco, desde luego, la gente que lo conduce; son mis servidores. *(Al* CORIFEO.) Pero tú, que has visto a este pastor antes, lo reconocerás sin duda mejor que yo.

CORIFEO:
Sí, lo reconozco francamente. Es uno de los pastores de Layo, un servidor fiel como pocos.

EDIPO *(Al* MENSAJERO.):
Es a ti primero, extranjero de Corinto, a quien interrogo. ¿Es

© Pehuén Editores, 2001.

éste el hombre a quien te referías?

MENSAJERO:
Es él; lo tienes ante tus ojos.

EDIPO *(Al* PASTOR.):
Tú, anciano, mírame y responde a todas mis preguntas. ¿Pertenecías en otro tiempo a Layo?
PASTOR:
Era su esclavo; no por compra, sino por haberme criado en el seno de su hogar.

EDIPO:
¿A qué te dedicabas?; ¿cuál era tu ocupación?

PASTOR:
Casi toda mi vida la he pasado en pos de los rebaños.

EDIPO:
¿Qué comarcas frecuentabas ordinariamente?

PASTOR:
Tan pronto era el Citerón, tan pronto las regiones vecinas.

EDIPO:
¿A este hombre lo conoces?, ¿lo has encontrado allá arriba alguna vez, en alguna parte?

PASTOR:
¿Qué hacía? ¿De quién hablas?

EDIPO:
Del hombre que está junto a ti. ¿Has estado alguna vez en relaciones con él?

PASTOR:
No puedo responder en seguida; ya no me acuerdo.

MENSAJERO:
En esto, señor, no hay nada de particular. Pero yo lo haré recordar claramente lo olvidado. Estoy seguro de que me ha visto cuando, sobre el Citerón, él con dos rebaños, y yo con uno solo, pasábamos como vecinos, desde la primavera hasta que aparecía la estrella Arturo, tres trimestres enteros. Cuando llegaba el invierno, yo volvía a mis establos y él a los apriscos de Layo. *(Dirigiéndose al* PASTOR.) ¿He dicho sí o no la verdad sobre lo que hacíamos?

PASTOR:
Dices la verdad, pero de eso hace tanto tiempo...

MENSAJERO:
Ahora, vamos a ver si te acuerdas de haberme entregado un niño, para que lo criase como hijo mío.

PASTOR:
¿Qué quieres decir? ¿Por qué esta pregunta?

MENSAJERO *(Mostrando a* EDIPO.):
Pues aquí tienes al que era en aquel tiempo pequeñito.

PASTOR:
¡Que los dioses te confundan! ¿No vas a callarte?

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
No te enfades con él, anciano. Son tus palabras, más bien que las suyas, las que merecerían ser castigadas.

PASTOR:
¿En qué he faltado, yo, señor, al mejor de los amos?

EDIPO:
En no contestar a lo que él te pregunta acerca de ese niño.

PASTOR:
Porque él habla sin saber y se toma un trabajo en vano.
EDIPO:
Pues si tú, de buen grado, no quieres hablar, hablarás a la fuerza.

PASTOR:
En nombre de los dioses, no me maltrates, que soy anciano.

EDIPO:
Que se le aten al instante las manos detrás de la espalda.

PASTOR:
¡Qué desgraciado soy! Y ¿por qué razón? ¿Qué quieres, pues, saber?

EDIPO:
El niño ese de quien habla, ¿se lo entregaste tú?

PASTOR:
Sí, ¡y ojalá hubiera yo muerto aquel día!

EDIPO:
La muerte te llegará si no dices la verdad exacta.

PASTOR:
Si la digo estoy perdido con mucha más seguridad.

EDIPO:
Este hombre, a lo que veo, anda buscando rodeos.

PASTOR:
No los busco; ya que te he dicho que se lo había entregado.

EDIPO:
¿De quién lo recibiste? ¿Era hijo tuyo, o bien de otro?

PASTOR:
No era mío; era de otro de quien lo había recibido.

EDIPO:
¿De quién de entre estos ciudadanos, y de qué hogar?

PASTOR:
¡No, por los dioses; no, señor, no lleves más allá tus investigaciones!

EDIPO:
Estás perdido si tengo que repetirte la pregunta.

PASTOR:
Pues bien, era un niño nacido en el palacio de Layo.

EDIPO:
¿Era un esclavo o un hijo de su raza?

© Pehuén Editores, 2001.

PASTOR:
¡Ay!, ¡heme aquí ante una cosa horrible de decir!

EDIPO:
Y para mí también horrible de oír. Pero, sin embargo, tengo que oírla.

PASTOR:
Se decía que era hijo de Layo. Pero la está en casa, tu mujer, te diría mejor que nadie cómo fue eso.

EDIPO:
¿Te lo dio ella?

PASTOR:
Sí, rey.
EDIPO:
¿Para qué?

PASTOR:
Para que lo hiciera desaparecer.

EDIPO:
¿Una madre? ¡desgraciada!

PASTOR:
Por miedo de horribles oráculos.

EDIPO:
¿Qué decían esos oráculos?

PASTOR:
Que aquel niño debía matar a sus padres; así se decía.

EDIPO:
Pero tú, ¿por qué se lo entregaste a este anciano?

PASTOR:
Por piedad, señor. Pensaba que se lo llevaría a otra comarca, a la isla donde él vivía. Mas él, para las más grandes desgracias, lo guardó junto a sí. Porque si tú eres el que él dice, has de saber que eres el más infortunado de los hombres.

EDIPO:
¡Ay! ¡Ay! Todo se ha aclarado ahora. ¡Oh luz, pudiera yo verte por última vez en este instante! Nací de quien no debería haber nacido; he vivido con quienes no debería estar viviendo; maté a quien no debería haber matado.

(EDIPO *entra precipitadamente al palacio. Los dos pastores se marchan, cada uno por su lado.)*

CORO:
¡Ay, generación de mortales! ¡Cómo vuestra existencia es a mis ojos igual a la nada! ¿Qué hombre, qué hombre ha conocido otra felicidad que la que él se imagina, para volver a caer en el infortunio después de esta ilusión? Tomando tu destino como ejemplo, infortunado Edipo, no puedo mirar como dichosa la vida de ningún mortal.
«Su arco había lanzado la flecha más lejos que ninguno; había conquistado una felicidad, la más afortunada, ¡oh Zeus!; había hecho perecer ignominiosamente a la doncella de los dedos en garra, la de los cantos enigmáticos; se había erigido en nuestro

© Pehuén Editores, 2001.

país como una torre contra la muerte.
«Desde entonces, Edipo, se te llamaba nuestro rey, y habías recibido los más grandes honores como amo y soberano de la poderosa Tebas.
«Y hoy, ¿quién es aquel cuya desgracia sea más lamentable de oír? ¿Quién vive en su hogar una vida más trastornada, más llena de aflicciones y atroces tormentos?
«¡Oh, ilustre Edipo, el mismo puerto bastó para hacer encallar al padre y al hijo en el seno del mismo lecho! ¡Cómo, cómo los surcos fecundados por el padre pudieron, ¡desgraciado!, aguantarte tanto tiempo en silencio!
«Pero bien a pesar tuyo, el tiempo, que lo ve todo, lo ha descubierto al fin, y de aquí que condena tu himeneo demasiado monstruoso, que te hizo hacer madre a la que lo fue tuya. ¡Ay!, ¡ay!, hijo nacido de Layo, ¡pluguiera a los dioses que jamás te hubiese yo conocido! Pues desde el fondo de mi pecho grito y me lamento sobremanera, y mi boca no puede exhalar, sino gritos de dolor. Y, sin embargo, para decir la verdad, gracias a ti he podido respirar y sentir que el sueño cerraba mis ojos.
(Entra desolado un PAJE *que llega de palacio.)*

PAJE:
Vosotros, que en esta tierra continuáis siendo siempre los más dignos de estima, ¡qué actos vais a saber, qué actos vais a contemplar, y que lúgubre dolor vais a soportar si, como fieles a vuestra raza, guardáis aún el mismo afecto a la casa de los Labdácidas! Pues nunca, a mi entender, ni el Istro ni el Fasis, con sus aguas, podrán lavar ni purificar este palacio de la abominación que lo llena. Pero pronto van a salir a plena luz otras desgracias voluntarias y no impuestas. Ahora bien, de todos sufrimientos, los más crueles son aquellos de los que nosotros mismos somos autores.

CORIFEO:
No nos hace falta añadir nada a lo que sabíamos para gemir profundamente; ¿qué nos vas a anunciar aún ahora?

PAJE:
Una cosa muy breve de decir y de saber. Yocasta, nuestra reina sagrada, Yocasta ya no existe.

CORIFEO:
¡Oh, la muy infortunada! Y ¿cuál ha podido ser la causa de su muerte?

PAJE:
Nada, sino ella misma. De todo lo que aconteció, lo más horrible te ha sido ahorrado, pues de ello tus ojos no han sido testigos. Sin embargo, vas a saber todo lo que ha sufrido la desgraciada, según lo que yo pueda recordar. Alocada, apenas pasó el vestíbulo, se precipitó en la cámara nupcial, mesándose con ambas manos los cabellos. Tan luego como entró, cerró de golpe las puertas y, llamando a Layo, muerto desde hace tiempo, evocando el recuerdo del hijo, que había nacido desde hacía años, al hijo a cuyas manos Layo había de morir, dejando a esa madre añadir hijos, si tal nombre merecían, de su propio hijo. Gemía sobre el lecho en donde, doblemente miserable, había engendrado de su esposo un esposo, e hijos de su propio hijo. No sé cómo después se mató. Pues Edipo, gritando, llegó precipitadamente, y ya no pude ver la muerte de la reina. Nuestros ojos estaban fijos en el rey, que corría alocado, pidiéndonos una espada y que le indicásemos dónde se hallaba su mujer, que no era su mujer, si no el campo maternal doblemente fecundado del cual habían salido él mismo y también sus hijos. En ese momento, un dios sin duda secundó

© Pehuén Editores, 2001.

su furor y le condujo hacia ella, pues nadie de los que estábamos allí presentes le facilitamos ninguna indicación. Entonces, dando un horrible grito, se lanzó, como si alguien le hubiera guiado, contra la doble puerta, hizo saltar de sus goznes los herrajes labrados, y se precipitó en el interior de la habitación. Allí vimos a su mujer colgando, todavía sostenida por un cordón trenzado. En cuanto la vio, el desventurado Edipo, lanzando espantosos rugidos, deshizo el nudo que la mantenía en el aire y la desgraciada cayó al suelo. Entonces vimos cosas horribles: Edipo le arranca de los vestidos los broches de oro que los adornaban, los coge y se los hunde en las órbitas de sus ojos, gritando que no serían ya testigos ni de sus desgracias ni de sus delitos: «En las sombras, decía, no veréis ya los males que he sufrido ni los crímenes de que he sido culpable. En la noche para siempre, no veréis más a los que nunca deberíais haber visto, ni reconoceréis a los que ya no quiero reconocer». Lanzando tales imprecaciones, levantaba sus párpados y se los golpeaba con golpes repetidos. Sus pupilas sangrantes humedecían su barba. No eran gotas de sangre las que de ellos fluían unas tras otras; de ellos brotaba una lluvia sombría, una granizada sangrienta. Estos males han estallado por culpa del uno y de la otra, y el hombre y la mujer mezclaron sus desgracias. Antes gozaban, es verdad, de una larga herencia de segura felicidad; pero hoy no hay más que gemidos, maldiciones, muerte, ignominia; en una palabra, todas las calamidades que llevan tal nombre, ni una sola falta.

CORIFEO:
¿Y ahora, el desgraciado está más tranquilo, en medio de sus males?

PAJE:
Grita que se abran las puertas, y que se muestre a todos los cadmeos al matador de su padre, al hijo cuya madre ..., pero no puedo repetir sus palabras impías. Dice que quiere huir de esta tierra y no permanecer nunca más en su hogar, cargado de las maldiciones que él mismo pronunció. Necesita, sin embargo, un guía y un apoyo, pues su dolor es demasiado grande para que pueda soportarlo. El mismo te lo va a mostrar. He aquí que los cerrojos de las puertas se han corrido. Vas a ser testigo de un espectáculo que conmovería el corazón aun del más cruel enemigo.
(Entra EDIPO, *guiado por un servidor; tiene los ojos reventados, y el rostro, cubierto de sangre.)*

CORIFEO:
¡Oh sufrimiento espantoso para ser contemplado, el más atroz de cuantos hasta ahora he podido ser testigo! ¿Qué locura se abatió sobre ti, infortunado? ¿Qué dios vengador ha puesto el colmo a tu fatal destino, abrumándote con males que sobrepasan el dolor humano? ¡Ah!, ¡ah desgraciado! No puedo posar mi mirada en ti; yo que quería interrogarte largamente, hacerte hablar, mirarte de frente, no sé ante ti más que estremecerme de horror.

EDIPO *(A tientas.)*:
¡Ay!, ¡ay!, ¡qué infortunado soy! ¿A qué rincón de la Tierra me iré así, desgraciado? ¿ Dónde mi voz podrá llegar? ¡Ay!, destino mío, ¿dónde me has hundido?

CORIFEO:
En una horrorosa desgracia, inaudita, espantable.

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
¡Oh nube de tinieblas!, ¡nube aborrecida que ha caído sobre mí!, ¡nube indecible, indomable, empujada por el viento del desastre! ¡Desdichado de mí!, ¡desdichado mil veces! ¡Con qué dardos a la vez me traspasan el aguijón de mis heridas y el recuerdo de mis desgracias!

CORIFEO:
Sufriendo lo que sufres, no es de extrañar que redobles tus quejas y que tengas doble dolor al sobrellevarlas!

EDIPO:
¡Ay, amigo mío; tú eres el único compañero que me queda, puesto que consientes en ocuparte aún del ciego que soy ahora! ¡Ay!, ¡ay! Sé que estás ahí, pues, a pesar de estar sumido en las tinieblas, reconozco tu voz.

CORIFEO:
¡Oh, qué acción la tuya! ¿Cómo has tenido valor para apagar así tus ojos, y qué divinidad ha podido forzarte a ello?

EDIPO:
Apolo, amigos míos; sí, Apolo, él fue el instigador de los males y de los tormentos que padezco. Pero ninguna otra mano, ninguna otra, sino mía, ha reventado mis ojos, ¡desdichado de mí! ¿Por qué tenía yo que ver, cuando de todo lo que podía ver nada podía ya ser agradable a mi vista?

CORIFEO:
¡Ay! Efectivamente, sería como dices.

EDIPO:
¿Qué me queda que ver o querer? ¿De quién, ¡oh amigos míos!, si me dirijo a él, podría escuchar la palabra con alegría? Alejadme en seguida lejos de aquí. Alejad, amigos míos, esta plaga perniciosa, a este maldito a quien los dioses odian como nunca ningún mortal fue odiado.

CORIFEO:
¡Oh tú, a quien hay que compadecer tanto por tus tormentos como por tus sentimientos! ¡cómo hubiera querido no conocerte nunca!

EDIPO:
¿Por qué no pudo perecer aquel, quienquiera que fuese, que, errando por los montes, desligó mis pies de sus salvajes ligaduras; aquel que, arrancándome a la muerte, me salvó para desgracia mía? Porque si hubiese yo muerto entonces, no sería ahora para mis amigos y para mí un espectáculo de tan grande aflicción.

CORIFEO:
¡Yo también habría formulado el mismo deseo que tú!

EDIPO:
No hubiera sido posible el matador de mi padre, no hubiera sido llamado por los hombres el esposo de la que he nacido. Pero hoy tengo a los dioses en contra mía; soy hijo de un tronco abominable, y miserable de mí, ¡he fecundado el seno del cual nací! ¡Si hay alguna desgracia más grande que la desgracia misma, ésta ha sido la que ha tocado en suerte a Edipo!

© Pehuén Editores, 2001.

CORIFEO:
No sé si tu resolución ha sido razonable; pero para ti mejor hubiese valido morir que vivir ciego.

EDIPO:
No trates de demostrarme que lo he hecho no ha sido lo mejor, y cesa en tus consejos. No sé con qué ojos podría mirar a mi padre cuando llegase a la morada de Hades, cómo podría mirar también a mi desgraciada madre, pues los crímenes que contra ellos he cometido no los expiaría ni colgándome. Nacidos como han nacido, ¿la vista de mis hijos hubiera sido para mí un espectáculo grato? Seguramente que no; mis ojos no podían ya mirarlos, ni a ellos ni a la ciudad, ni a los torreones ni a las estatuas sagradas de los dioses tutelares. En el colmo de la desgracia, después de haber llevado en Tebas la más bella existencia, yo mismo me he privado de todos esos bienes cuando ordené a todos los ciudadanos que arrojasen al impío, a aquel al que los dioses declaraban impuro, al nacido de los Labdácidas. Después de haber reconocido en mí mismo una tal deshonra, ¿podía mirar justamente con mis ojos a esta multitud? Mil veces no. Además, si fuese posible aún cerrar también mis oídos, de modo que los sonidos no penetraran en ellos, no hubiera dudado en privar a este miserable cuerpo de oír, a fin de no ver ya nada ni de oír nada al mismo tiempo, pues es un alivio substraer el espíritu a la garra de los males.
«¡Ah Citerón!, ¿por qué me has recogido?, ¿por qué, después de haberme acogido, no me dejaste morir en seguida? Así nunca hubiera tenido que confesar a los hombres de quién había yo nacido. ¡Oh Pólibo!, ¡oh Corinto!, viejo palacio al que yo llamaba el palacio paterno, ¡qué vergüenzas habéis hecho crecer en mí bajo la belleza que las ocultaba! Porque hoy, a los ojos de todos, soy un criminal, un monstruo nacido de padres criminales. ¡Oh triple camino, valle sombreado, bosque de robles, estrecho paso por el triple camino, vosotros que bebisteis mi sangre, que derramaran mis propias manos, mi propia sangre en la de mi padre!, ¿os acordáis de los crímenes con que yo entonces os mancillé y de los que cometí desde mi llegada a Tebas?
«¡Oh himeneo!, ¡oh himeneo!: tú que me has dado la vida; pero después de habérmela dado, hiciste germinar por segunda vez la misma simiente salida de una misma sangre y de un mismo tronco, un padre hermano de sus hijos, hijos que fueron los hermanos de su padre, una mujer que fue la esposa y la madre de su marido; en resumen, todas las grandes torpezas que pueden existir entre los hombres. Vamos; pues no es bueno decir lo que no es bueno hacer, apresuraos, en nombre de los dioses, a ocultarme lejos de aquí, en cualquier parte; matadme, o tiradme al mar, en un lugar donde jamás me volváis a ver. Acercaos, no desdeñéis tocar a un pobre desgraciado. Creedme, no tengáis ningún temor, pues mis males son tan grandes que nadie entre los mortales es capaz, excepto yo, de soportarlos.
(Entra CREONTE.)

CORIFEO:
Pero he aquí a Creonte, que llega a propósito para poder satisfacer lo que pides y aconsejarte, pues quedará en lugar tuyo como el único protector de este país.

EDIPO:
¡Desgraciado de mí! ¡Qué voy a poder decir a ese hombre! ¿Es que tengo aún algún derecho a esperar algo de él? ¡No hace mucho lo traté con tanta injusticia...!

CREONTE:
No vengo, Edipo, para burlarme de ti ni para reprocharte tus

© Pehuén Editores, 2001.

faltas pasadas. Pero vosotros, tebanos, si no tenéis ya ningún respeto hacia las generaciones de los hombres, respetad por lo menos la llama del rey Sol, que nutre todas las cosas, y temed exponer así, sin ningún velo, a ese fantasma de horror que ni la tierra ni la lluvia sagrada ni la luz podrían acoger. Hacedlo entrar sin demora en su palacio, pues es sobre todo a la compasión de sus familiares, y de ellos solamente, a quien pertenece ver y escuchar las desgracias de la familia.

EDIPO:
En nombre de los dioses, ya que has desengañado mi espera acercándote a mí con benevolencia para un gran criminal, escúchame. Es por tu interés, y no por el mío, por lo que quisiera hablarte.

CREONTE:
Cuando me imploras de esta forma, ¿qué deseas obtener?

EDIPO:
Expúlsame de este país ahora mismo. Haz que me vaya a un sitio en donde nunca más pueda dirigir la palabra a ningún ser humano.

CREONTE:
Lo hubiera ya hecho, créeme, si no hubiese querido saber ante todo por nuestro dios lo que conviene hacer.

EDIPO:
Pues su respuesta es perfectamente conocida: parricida e impío, ha de morir.

CREONTE:
Sí, asimismo ha hablado; pero es preferible, sin embargo, en nuestra situación, saber exactamente lo que es menester hacer.

EDIPO:
¿De modo que vais a consultar el oráculo tratándose del miserable de mí?

CREONTE:
Sí, y ahora ya no podrás poner en duda las palabras del dios.

EDIPO:
Además, he aquí lo que te pido y lo que te ruego. Da la sepultura que juzgues conveniente a la que está en el palacio, pues es un deber que debes cumplir decentemente en consideración a los tuyos. En cuanto a mí, por largo que sea el tiempo que viva, no consientas nunca que esta ciudad, la ciudad de mi padre, me tenga por habitante. Déjame vivir en las montañas, en el Citerón, que dicen que es mi patria, y que mi padre y mi madre me habían, una vez nacido, asignado para tumba, a fin de que muera donde hubiesen deseado que muriese. Sé, sin embargo, que no será ni la enfermedad ni ningún otro accidente lo que me matará. ¿Hubiera sido salvado cuando me hallaba moribundo, si no estuviese destinado a desgracias mayores? Pero que mi destino camine por donde quiera, que siga su curso. En cuanto a mis hijos, no te inquietes por los varones, Creonte; son hombres, y en cualquier lugar que se hallen no dejarán de proveer a su vida. ¡Pero mis hijas, esas dos hijas desgraciadas y dignas de compasión, que nunca fueron apartadas de la mesa en que yo comía, y que siempre compartieron los mismos manjares, cuídate de ellas en mi lugar, y sobre todo, déjame tocarlas con mis manos y llorar su desgracia! ¡Piedad! ¡Piedad, príncipe de

© Pehuén Editores, 2001.

noble raza! Si pudiera tocarlas con mis manos, creería que aún las abrazaba como en otro tiempo, cuando mis ojos veían claro. *(Oye llorar.)*
«¿Qué oigo? ¿Es que he oído, ¡oh dioses!, sollozar cerca de aquí a mis hijas muy amadas? ¿Por compasión hacia mí Creonte me ha enviado a mis dos hijas que me son tan queridas?

CREONTE:
Tú lo has dicho. Soy yo quien te he concedido que vengan aquí; sabía cuán grande era desde hace largo tiempo el deseo que tenías de este consuelo.

EDIPO:
¡Pues bien, soy feliz, Creonte! Y por esta atención que has tenido, que la divinidad te trate mejor que lo que me trató a mí. Hijas mías, ¿donde estáis? Acercaos; venid aquí a mis manos... fraternales. Son ellas quienes, como lo veis, han privado de luz los ojos, antes resplandecientes, del padre que os dio la vida. Hace tiempo, ¡oh hijas mías!, yo no veía mejor; no discernía nada y fui vuestro padre fecundando el seno en donde yo mismo había sido sembrado. No puedo ya veros; pero lloro con vosotras pensando en la dura vida que tendréis que vivir el resto de vuestros días, en contacto con los hombres. ¿A que asambleas de tebanos, a qué fiestas iréis, sin que volváis al hogar con los ojos bañados en lágrimas en vez de asistir a sus pompas sagradas? Y cuando hayáis alcanzado la época del matrimonio, ¿quién se presentará; quien, ¡oh hijas mías!, correrá el riesgo de cargarse con todas las tachas que permanecerán como una vergüenza para mi descendencia, así como para la vuestra? ¿Qué desgracia falta, en efecto, a vuestros males? ¡Vuestro padre ha matado a su padre; ha fecundado a la que lo había concebido, aquella misma de quien había nacido, y os ha hecho nacer del mismo seno en el cual fue concebido! Tales son los oprobios que se os reprochará. Y entonces, ¿quién os desposará? Nadie, nadie, ¡oh hijas mías!; inevitablemente tendréis que languidecer en la esterilidad y la soledad. Hijo de Meneceo, ya que quedas como tu padre, pues no existimos ya los que las habíamos engendrado, no desdeñes a estos dos seres que, siendo de tu familia, están condenadas a errar, a mendigar, a vivir sin reposo. ¡Haz que su desgracia no iguale a la mía! ¡Ten piedad de ellas viéndolas tan niñas privadas de todo, salvo de tu ayuda! Hazme, corazón generoso, una señal de asentimiento y tócame con tu mano. En cuanto a vosotras, hijas mías, si tuvieseis ya la edad de la razón, ¡cuántos consejos podría daros! Pero en estos momentos, ¿qué os puedo desear sino que tengáis en cualquier parte que viváis una existencia mejor que la del padre que os dio la vida?

CREONTE:
Vamos, ya has llorado bastante. Vuelve bajo tu techo.

EDIPO:
Tengo que obedecer, aunque sea muy a disgusto.

CREONTE:
Todo lo que se hace oportunamente es una acción buena de ejecutar.

EDIPO:
¿Sabes con qué condiciones me retiraré?

CREONTE:
Dilas; las sabré después de habértelas oído.

© Pehuén Editores, 2001.

EDIPO:
Que me desterrarás de este país.

CREONTE:
Me pides lo que sólo un dios puede conceder.

EDIPO:
¡Pero si soy el hombre más execrado de los dioses!

CREONTE:
Ya que es así, obtendrás pronto lo quieres.

EDIPO:
¿Dices la verdad?

CREONTE:
No me gusta decir inconsideradamente lo que no pienso.

EDIPO:
Pues bien, llévame lejos de aquí.
CREONTE:
Ven, pues, y suelta a tus hijas.

EDIPO:
¡Oh no, no me las quites!

CREONTE:
Dejarás de querer ser siempre el amo, pues lo que has obtenido no ha sido siempre por el bien de tu vida.

(EDIPO, *guiado por* CREONTE, *entra lentamente al palacio, seguido de sus hijas y de la servidumbre del rey.)*

CORO:
Habitantes de Tebas, mi patria, ved a este Edipo, que había sabido adivinar los famosos enigmas. Era un hombre muy poderoso; ningún ciudadano podía sin envidia posar los ojos en su prosperidad. Y ahora, ¡en qué sima de terribles desgracias ha sido precipitado! De modo que hasta esperar su último día, no hay que proclamar feliz a ningún mortal antes que haya llegado, sin sufrir ningún mal, al término de su vida.

FIN

© Pehuén Editores, 2001.